

MÁLAGA

CIUDAD DE INVIERNO

Por SEBASTIAN SOUVIRON

De casi dos siglos atrás le viene a Málaga esta invasión universal y cosmopolita que ha terminado por darle un rango internacional en el mundo. Primero fueron avispados mercaderes de tierras nórdicas. Después, rubios teutones—de la dorada Germania cargada de mitología nibelunga—los que se hicieron transportar hasta el paraíso meridional de nuestra tierra, a orillas del «Mare Nostrum», para establecer, bajo la plácida ilusión del sol perenne, negocios de rica y fabulosa ganancia. Aun después le llegó su turno a la serie de emigrados políticos de los transpireneos. La historia está llena de casos. Y si el final fué el mismo, no fué idéntico el origen. Tenemos, pues, que los Kirckpatrick de Closerburn llegaron desde Irlanda para vender vinos en esta dorada tierra. Una Kirckpatrick pudo aquí mismo, mientras su padre vendía vinos a los compatriotas del Eire, casar a su hija con un Guzmán y aun darle al mundo una descendiente que imperó sobre los franceses, abrió comunicación entre dos mundos y fué el epicentro social y político de toda Europa.

Algún vizconde francés huyó de las huestes de Robespierre y paró aquí su carrera porque no tenía por delante tierra por donde seguir la marcha. Después trocó sus blasones por una fábrica de sedas y generó pródigamente, dejando estirpe que se unió para lustros a los fastos de la ciudad. También de la Francia se llegaron, entre otros que sepamos, algunos descendientes del médico de cabecera de Napoleón, ennoblecido por el corso con un título de nobleza. Desde la Italia anterior a Garibaldi, también fueron muchos los que hasta nosotros se llegaron para vivir al calor de un sol semejante y de una idéntica canción de olas.

Todos vinieron por razones accidentales y afincaron tan hondamente, que hoy, en pleno siglo xx, cuando cada descendiente pudo sentir la curiosidad o la llamada atávica del retorno, y hasta satisfacer sus deseos en un viaje de dos horas a través de los aires, ni un solo caso de desertión se ha dado. Habrán podido languidecer las estirpes, han podido también ciertamente naturalizarse; pero todos los emigrantes políticos o económicos permanecen con fidelidad unidos a la tierra que un día los adoptara. Esta es una de las grandes razones de la universalidad, del sentido cosmopolita de la Málaga del siglo xx. Un nomenclátor cualquiera de la ciudad tiene en sus índices tantos apellidos extranjeros, si bien sus poseedores sean indígenas, que aquí lo babélico casi podría considerarse familiar.

Hoy, la ciudad, hecha atracción como hace siglos para los extraños, tiene diferentes motivos de llamada. Aquí se viene alegremente, no de modo forzado. No de huida, sino de incontenible y anhelado deseo. Se viene sencillamente a gozar la delicia caliginosa y enervante de una tierra de promisión donde la felicidad material, está casi al roce de los dedos. Se viene, si queréis, un tanto frívolamente; pero, al fin, también por razones humanas. A gozar; a vivir. A sentir en las playas de la Caleta en las alturas casi fabulosas, siderales, de nuestras montañas, o en la tierna brisa del campo de golf de Torremolinos, la alegría de una vida amable y delicada. Una vida llena de complaciente y grata felicidad. Se viene, pues, a gozar la maravilla de uno de los rincones del mundo donde todavía las cosas elementales—el sol, la brisa, el mar, el césped—viven en estado virginal de pureza.



Señora de Garriga Nogués y señor Gutiérrez Soto



Un grupo de participantes en el campeonato nacional de golf



Joaquín de Viluma, campeón de España de golf



Una salida para el torneo «Copa Iberia»



Don Luis Giró en el «green» de salida